

ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DEL COMPORTAMIENTO ANTE LA MUERTE: HUMANIDAD E INHUMANIDAD

M.^a DEL ROSARIO ENCINAS GUZMÁN
Universidad de Extremadura

RESUMEN

La conducta de un homínido ante la muerte, la de cualquier animal, es de indiferencia. Sólo si la muerte cursa con dolor y sufrimiento notaremos ese dolor y ese sufrimiento, pero lo que no notaremos es la sensación de finitud e impotencia ante lo irremediable. El hombre, *Homo sapiens*, por el contrario, sabe que va a morir, que todo acaba irremediabilmente algún día, y eso le provoca una angustia y un sufrimiento añadido que le hace reaccionar. Podemos seguir en el registro fósil estas reacciones desde antiguo, pero también observamos la presencia de muerte provocada a los semejantes a sabiendas de su finitud, e incluso, a veces, la institucionalización de una verdadera cultura de la muerte. El presente artículo trata de estas situaciones, de la actitud del hombre ante la muerte, tan necesarias de recordar en el mundo actual.

Palabras clave: *Homo sapiens*, homínido, vida, muerte, ritual, genocidio, sacrificio, ley, cultura.

ABSTRACT

The behaviour of a hominid faced with the death, whom of any animal, is indifference. Only if the death deals with pain and suffering we will notice this pain and this suffering, but what we will not notice is the sensation of feebleness and impotence faced with the irremediable thing. The man, *Homo sapiens*, on the contrary, knows that he is going to die, that everything ends irremediably some day, and it leads him to a distress and an added suffering that makes him react. We can follow up these reactions in the fossil record from ancient times, but we also notice the presence of death caused

to his fellow men knowing full well their finite existence, and even, sometimes, the institutionalization of a real culture of death. This article deals with these situations, with the attitude of man faced with death, which are so necessary to remind in the contemporary world.

Key words: *Homo sapiens*, hominid, life, death, ritual, genocide, sacrifice, law, culture.

I. INTRODUCCIÓN

La muerte, el sufrimiento y el dolor han acompañado al hombre desde la más temprana historia de la humanidad, y siempre ha reaccionado ante ella. Precisamente la forma de reaccionar ante la muerte nos habla de cómo es un pueblo, una cultura y una civilización, y sobre todo de cómo es el hombre. Porque el hombre, nuestra especie, *Homo sapiens*, siempre ha reaccionado ante la muerte, reacción que le diferencia del resto de los animales. Somos la única especie consciente de la propia muerte, y de lo que esto lleva implícito: no solo de nuestra propia finitud sino también de la de los demás, de la de otros seres vivos y de la del universo en general. Los nuevos descubrimientos de la ciencia, especialmente de la medicina, tratan de alargar la vida humana, de que permanezcamos cada vez más jóvenes y con lo que se supone es más “calidad de vida”, como si todo dependiere de robarle tiempo a la muerte y de evitar la degeneración de un organismo que, por propia ley de vida, de la más universal ley del universo, la de la entropía, inevitablemente se dirige hacia ella desde el momento de su concepción. Podremos retrasar la muerte, o tener un aspecto más juvenil, pero no evitarla por mucho que la enmascaremos. La inevitable muerte es un misterio para el hombre, algo que no entiende pero que está ahí, y, minimizar los estragos del tiempo o retrasar la hora final no sirve de nada. Tampoco podemos fundamentar la calidad de una vida humana en criterios de piel más o menos estirada, de respuesta a unos cánones de belleza o del subjetivo concepto de lo que se entiende por individuo “sano” (¿el más “apto” en terminología darwiniana?). Ante la muerte hay respuestas variables, pero sólo una respuesta es la verdadera, aquella que respeta la dignidad del hombre, y sólo esa respuesta le puede dar sentido a nuestras vidas. Verdaderamente nos retratamos ante la muerte, propia o ajena. Y es que ante la muerte sólo cabe el trascenderse, el ir más allá de nosotros mismos venciendo al espacio y al tiempo, y a la inexorable entropía del universo. El cómo trascenderse depende de nosotros mismos. Y será verdadera o falsa trascendencia, en función de cuanto nos engañemos. Hay un dicho que dice que antes de morir debemos “tener un hijo, escribir un libro o plantar un árbol” como forma de hacer algo que perdure cuando

nosotros ya no estemos aquí, una especie de memoria que hable de nosotros o por nosotros. Pero el hijo y el árbol pueden enfermar o tener un accidente y antecedernos en el abandono de este mundo, y no todo el mundo siente la inspiración necesaria y suficiente como para escribir un libro. Y, sin embargo, son muchas las culturas que de la muerte han hecho su vivir tratando de evitar lo inevitable, nuestra desaparición.

Pero la muerte, también, a veces, ha sido querida por diferentes aspectos nada trascendentes, sobre todo la muerte de otros. La guerra, los genocidios o los sacrificios rituales, desgraciadamente, forman parte de la historia de la humanidad. Incluso en una especie de *carpe diem* que implica la muerte de otros (como podemos ver, por ejemplo, con las atroces prácticas/divertimientos del emperador romano Calígula). Buscando la inmortalidad, y hasta la divinización, muchas veces se ha matado a nuestros semejantes. O buscando sus riquezas, o ambicionando sus tierras, o simplemente porque eran molestos o ya no servían para nada, no producían, y “no merecían” vivir. Muchas veces en nombre de la ley, como en la aplicación de la famosa *Ley del Talión*: “ojo por ojo y diente por diente”, o muerte por muerte. O al amparo de ciertas medidas legales, como los inocentes niños muertos en el seno de sus madres, o porque se llega a considerar a los hombres objetos, una pertenencia de otros, como en la esclavitud. Frases como: “es mi cuerpo, hago con él lo que quiero”, dicen ciertas madres para justificar lo injustificable, la muerte de sus propios hijos; o “la maté porque era mía”, como canta un tango haciéndose eco de la llamada “violencia de género”, son una triste realidad del mundo de hoy, pero también del de ayer. Y la crueldad y la venganza son tan propios de la humanidad como el amor y la compasión, más fáciles de ejercer si cabe porque se relacionan con fuertes instintos que, como animales, hemos heredado de nuestros antepasados: la violencia nata para la lucha por la supervivencia, por los alimentos y la reproducción, por la hembra, por la defensa del territorio, de la familia, etc. Pero, además, el hombre también mata por placer, lo que ya no hace ningún otro animal; un placer frío y refinado que se desliga del puro instinto para convertirse en voluntad, y que puede ligarse con un sentido de trascendencia perverso. Y se puede desear la muerte propia cuando se ha perdido el sentido de la vida, cuando se está deprimido por cualquier causa y no aflora la esperanza, o desesperadamente sólo, cuando es más fuerte la tendencia egoísta a perder de vista un problema que agobia frente a la necesidad de trascendencia, y, entonces, aparece el suicidio como única solución.

También existe un sentido de trascendencia que rebasa las “fronteras” de este mundo: la fe en un más allá, en un más allá más justo que nos consuele de los sinsabores de la vida y donde viviremos para siempre felices sin la angustia de una vida que se acaba, porque la muerte allí no tiene ya cabida. Y en un Dios

de vida y de verdad que haga justicia a las penas de este mundo. Hay muchas formas de interpretar este más allá, esta vida después de la vida, manifestado en los diferentes tipos de religiones, filosofías y culturas que desde la más remota antigüedad están intentando dar respuesta a la presencia de la muerte. El hombre no se resigna a morir, nunca se ha resignado. Por eso no se entiende que en determinados momentos de la historia de la humanidad se frivolicen con ella, como ahora, o se minimice a la persona humana a fin de convertirla en medio para ciertos actos cuyo fin puede llevar aparejado su sacrificio. ¿Cómo compaginar la necesidad de trascendencia con la institucionalización de la muerte?, ¿cómo puedo desear para mis semejantes lo que no deseo para mí?, ¿cómo ha sido posible que en nuestra avanzada sociedad se haya instalado un materialismo que negando toda trascendencia convierta a los seres humanos en objetos relativos y suprimibles?

La sociedad actual, como algunas culturas primitivas en su día, ha olvidado amar, en sentido agápico. Cuando el amor desaparece del horizonte de nuestra vida el egoísmo triunfa, cada persona se convierte en un rival que me va a privar de algo, y su muerte se convierte casi en una necesidad. Pero si el amor triunfa, si es la meta de nuestra trascendencia, el sentido de nuestra vida, los sentimientos más nobles afloran y no sólo buscamos nuestro bien sino el de los demás, un bien que no se asocia a la muerte sino a la vida, y que busca además el esplendor de esa vida. Un amor tan fuerte que puede incluso, en ese querer que el otro viva verdaderamente, llevar a aceptar la propia inmolación por su bien. Y no nos equivoquemos, no estoy hablando de suicidio, el dar la vida libre y voluntariamente por otro para que ese otro viva, no significa querer o buscar la muerte (nuestros instintos de supervivencia lo impiden, hay que estar muy desesperado-desesperanzado para ello, con la mente obnubilada, para que alguien desee la muerte) sino poner a disposición del otro nuestro mayor bien, la vida: es la donación suprema. La verdad del hombre puede llevarle a dar un sentido a la muerte: que se convierta en medio para la propia trascendencia.

II. LA MUERTE Y LA PRIMERA HUMANIDAD

Al estudiar el registro fósil no encontramos signos de enterramiento voluntario nada más que en nuestra especie y en los neandertales. Pero con respecto a los neandertales no están claras las razones que les pudieron llevar a este hábito; es decir, si verdaderamente hubo voluntad, con todo lo que esto implica, o fue un mero impulso. Sabemos que los muertos huelen al pudrirse, y sabemos que los animales, por regla general, son muy higiénicos, sólo tenemos que ver a los gatos o a los perros que habitualmente nos rodean, como entierran

sus propias heces. No tiene nada de extraño, pues, que un animal extraordinariamente inteligente, como ningún otro (pero sin conciencia de sí mismo, sin “yo”), realizase estas prácticas. Y el acto tendría de voluntario lo que lo tiene en perros y gatos. Y si alguien dijere, “¡ah, pero no es algo tan instintivo en el neandertal sino cultural: adquirido y convertido en práctica”, tendríamos que responder que tan cultural como cualquier innovación de hábito de un ave o de un macaco, de los que se han descrito buenos ejemplos. Es decir pura conducta pavloviana, puro reflejo condicionado, en este caso por el mal olor y el agusanamiento de la carne putrefacta. O, también, para evitar que los carroñeros oliesen el cadáver y les atacasen. O, simplemente, por imitación de lo que hacía el *Homo sapiens*, con los que convivieron pacíficamente en Europa y Oriente Medio. En Shanidar (Irán), ¡ah, la excepción, dirá alguien!, se hallaron fósiles de esta especie que aparentemente habían sido enterrados de forma intencionada ya que se encontraban entre gran profusión de pólenes de flores (en una primera interpretación se admitió que las flores se habían esparcido sobre el cadáver). Un estudio más detallado parece mostrar que esos pólenes obedecen a contaminación, tal vez provocada por las mismas personas que estudiaron por primera vez el yacimiento, y que arrastraron con su propio calzado los de las flores del lugar, que son a las que pertenecen estos pólenes, muy abundantes en los sedimentos del suelo. Estos enterramientos neandertales habían hecho a algunos investigadores aceptar la idea de que tenían conciencia de la muerte y de su propia finitud, sentido de trascendencia ante su inevitabilidad, culto a los muertos. La ausencia de un ajuar funerario, tan típico en los enterramientos de esa época ya en nuestra especie, impide aceptar científicamente esta idea.

La Sima de los Huesos (Atapuerca, España), se ha llegado a describir como necrópolis de *H. heidelbergensis*¹, una especie de fosa común en la que esta especie “enterraba” a sus muertos de forma deliberada, por lo que era capaz de trascendencia y de representaciones simbólicas. Es más, en el documental *La odisea de la especie* se nos muestra, reconstruyendo ese comportamiento, una especie de cortejo fúnebre, con parihuelas y hachones, que recuerda al célebre cuadro de Pradilla sobre los eternos funerales que Juana la Loca dedicó a su esposo Felipe el Hermoso por los anchos campos de Castilla. Nunca ha habido unanimidad en esta interpretación simbólica y trascendente de la Sima de los Huesos, y sí, por el contrario, la alternativa: un accidente natural por el que un grupo de aquellos homínidos² cayeron sin retorno en esa torca en forma de reloj de arena camuflada en superficie entre la vegetación (y hoy taponada por

1 *H. heidelbergensis* es un homínido, principalmente europeo, que vivió hace entre 600.000 y 300.000 años, de él derivan los neandertales. Se le conoce también como el “hombre de Atapuerca”.

2 Desde el punto de vista biológico, se denominan homínidos a los simios con apariencia humana, bípedos y con cerebro importante, de diversos géneros y especies, de los que los más conocidos

derrumbes), una especie de trampa natural típica de cualquier relieve kárstico (calcáreo) como el de la Sierra de Atapuerca. En realidad es una sima vertical de 13 metros de profundidad con forma de calcetín a la que se accede actualmente tras medio kilómetro de accidentado terreno de cueva por una estrecha, resbaldiza e inclinada rampa de techo muy bajo, de tan difícil acceso que, a veces, sólo se puede recorrer arrastrándose por el suelo desde Cueva Mayor. Pues bien, como la entrada vertical es una entrada sin retorno, ¡el cortejo fúnebre habría tenido que recorrer la larga y estrecha rampa arrastrando las parihuelas y portando hachones! Cabe preguntarse, si junto a los restos completos de 32 esqueletos de *H.heidelbergensis*, se encontraron restos de más de 160 osos, 3 leones, 24 zorros, algún lobo, lince, y algunos animales más, ¿por qué aquellos homínidos iban a realizar un trayecto tan largo, complicado y costoso para enterrar a sus muertos cuando en la actualidad muchos pueblos los abandonan a los carroñeros aun teniendo sentido de trascendencia? Si se admite que Trinchera Galería (yacimiento próximo de la Sierra de Atapuerca donde se han encontrado restos de animales) funcionó como trampa natural, ¿por qué en la Sima de los Huesos se despeñaron 160 osos y otros animales y no 32 homínidos durante el accidente que les confinó allí?

El enterramiento con sentido de trascendencia y respeto al cuerpo, con ajuar, parece privativo de nuestra especie. Vemos que, aunque se han tratado de describir fenómenos de simbolismo en los “homínidos no sapiens”, como en los “enterramientos” del “hombre de Atapuerca” de la Sima de los Huesos o de los neandertales de Shanidar, estudios más detallados, y razonados, no confirman nunca las primeras interpretaciones. Parece que hay un deseo de ver humanidad en los homínidos, pero se es hombre o no, el “medio-hombre”, o el “casi-hombre”, ni existe ni ha existido nunca, la evolución no es gradual, como defendió Darwin, y defienden tantos otros aun hoy por su desconocimiento del registro fósil. Con respecto a *Homo sapiens* sabemos que tuvo que haber algo especial para que aconteciera una revolución biológica de tal envergadura que la propia materia quede trascendida por la no materia. Algo a lo que la ciencia es incapaz de dar explicación. *Homo sapiens* es único, no hay ningún otro ser vivo o fósil que se le pueda comparar, aunque en ese afán de desantropomorfizar todo, propio de la cultura actual, se nos desantropomorfice también a nosotros y se nos iguale con los grandes simios (Singer, 1998). Y la actitud ante la muerte es la clave para comprender nuestra propia humanidad, y para decidir quién es humano y qué no. Ante la muerte sólo cabe un sentido de trascendencia, por muy diluído que se encuentre, como en el mundo de hoy, por mucho

son *Australopithecus* y *Homo*, y entre los que se encuentra el hombre (*Homo sapiens*). Es decir, salvo nuestra especie, ninguno homínido era humano puesto que no tenían conciencia reflexiva.

que cerremos los ojos, maquillemos a los muertos o lancemos al viento sus cenizas para no acordarnos de tales. La muerte, machaconamente, siempre está llamado a nuestra puerta. Y esto ya lo supo el primer hombre. Por eso, generalmente, ante la inevitabilidad de la muerte, el hombre, *Homo sapiens*, ha tratado de dar sentido a tan dramático acontecimiento, un sentido que, muchas veces, también daba sentido a la propia vida. La idea de un más allá ya existía en la Edad de Piedra, lo que acarrea una vida de bondad en el más acá para merecerlo, como atestiguan los fósiles.

En este sentido, sabemos que todo yacimiento *Homo sapiens*, salvo accidente, es una tumba, y que en esa tumba hay ajuar. Y hay respeto, sobre todo hay respeto. Y aunque en los enterramientos más modernos vemos que el ajuar se corresponde con el nivel social del finado, es más característico el sentido de trascendencia al que obedecía éste y el unir al fallecido con los seres queridos con los que se relacionó. Por eso, desde muy pronto aparecen sepulturas familiares. Recientemente se han descubierto en Alemania unas sepulturas compartidas por los miembros de una familia nuclear de padre-madre-hijos. El acontecimiento obedecía a un hecho violento previo, tal vez un asalto al poblado por otra tribu, y, luego, los supervivientes, al volver, pasada la agresión, dieron sepultura con todo respeto y amor a los que no tuvieron tal suerte. Así se observa, en actitud de unión y cariño a los esposos e hijos, indicando cuanto se amaron en vida, y esto ¡en la Edad de Piedra! También en esta época se han descubierto tumbas de madres con sus hijos recién nacidos, o de madres que abortaron espontáneamente, y en ello les fue la vida, con el feto en su regazo. Son tumbas que más que de muerte nos hablan de vida y de amor, de mucho amor. Y es que el hombre, cuando aparece, es plenamente hombre, con todas sus cualidades, algo que aquellos primitivos pobladores del planeta supieron ver incluso en los fetos.

El hecho de ver en el otro, aun en el feto, a otro “yo”, queda también patente en el cuidado que daban a los enfermos, sin criterios de edad prevaliente. Hay ancianos desdentados que debieron necesitar que antes alguien les desmenuzara la comida, pero en fin, esta actitud la vemos también en los padres-aves, que la regurgitan medio digerida para dársela a los hijos. Hay niños con minusvalías congénitas que sólo pudieron sobrevivir gracias a los cuidados de los demás. Y hay tullidos que difícilmente podrían haberse manejado para lo más indispensable y que fueron amorosamente cuidados. Estas conductas las podemos observar en algunos homínidos, pero llegan a su culmen en *Homo sapiens*, a través del descubrimiento de una medicina y cirugía rudimentarias que ampliaban las posibilidades de vivir. En las primeras culturas hay un gran respeto hacia la vida, hacia el prójimo, y todo hombre tiene valor por el hecho de serlo. Estas cualidades tan humanas que vemos en la atención al otro,

indican también un sentido de trascendencia que nos es propio y distintivo, no sólo en los enterramientos y en lo que nos dicen los fósiles sino en el arte. La figura humana, realmente bella, tallada preferentemente en marfil (desde hace más de 30.000 años), nos hace ver también la preocupación y el interés hacia el hombre. La mujer es casi divinizada, creemos, en estado de buena esperanza, las Venus de Düsseldorf representan sobre todo matronas con los rasgos de la fertilidad exagerados indicando la sacralidad de la vida. Y el arte rupestre nos hace llegar más allá de estas manifestaciones puramente humanas hacia un mundo sobrenatural que no somos capaces de entender. En esas pinturas se cree que el hombre ha plasmado puertas hacia el “otro mundo” por las que el sacerdote de la tribu se comunicaba con la divinidad. La explicación más actual de las cuevas con arte prehistórico es la de que son las catedrales del pasado. No cabe, si no, una explicación para un mundo subterráneo y oscuro en el que normalmente habitan alimañas peligrosas, en el que adentrarse era una verdadera hazaña o una temeridad, si no obedecía a una necesidad superior, la de comunicación con el mundo que no tiene fin, donde habitan felizmente los seres queridos junto a la divinidad que hace justicia a las penas de este mundo.

Y por extensión, se asocia la práctica caníbal, en el sentido de antropofagia, como una forma de ver en otro hombre un “yo” cuyas cualidades deseo obtener ingiriéndolo, o como un ritual que me permite fundirme con mis semejantes, una actitud, por tanto, muy humana. Pues bien, mucho se ha hablado también de las prácticas de canibalismo entre los homínidos, e incluso de canibalismo ritual, pero en esto tampoco hay acuerdo. Recientemente se ha demostrado que *Homo erectus*³ no podía hablar, aunque se había especulado mucho con tal posibilidad por la posición de su laringe. Este hecho confirma la ausencia de pensamiento simbólico (hablar es expresar un pensamiento), ¿cómo iban a realizar, entonces, canibalismo ritual? Generalmente, los individuos de una especie no se agreden entre sí buscando alimento so pena de que las condiciones ambientales, por su penuria, así lo obligaren, ya que el primer instinto es el de supervivencia. Por tanto, dadas las difíciles condiciones de vida de algunos homínidos, debido a la alternancia continua de climas extremos, no tiene nada de particular que, como animales que eran, se matasen para alimentarse a falta de otra presa más próxima o más fácil. Por otro lado, se ha demostrado también (Orschiedt, 2008), tras nuevos estudios con técnicas más sofisticadas, que los neandertales de Kaprina (Croacia), de los que hasta hace poco se creía prac-

3 *Homo erectus* es la primera especie claramente perteneciente al género *Homo*, con una marcha bípeda eficaz, notable estatura y cráneo con capacidad entre 900-1100 cc. Se extendió por África, Europa y Asia entre hace 2 millones de años y hace 40.000 años, en que desaparecieron los últimos ejemplares asiáticos. En Europa originó el *Homo heidelbergensis*, y de los especímenes que quedaron en África derivaría *Homo sapiens*.

ticaban un canibalismo ritual, fueron pasto de los depredadores y que lo que se aceptaba que eran finas huellas de despique realizadas con hachas de mano, son, con toda certeza, las hendiduras practicadas por los afilados dientes de los mismos. Sólo hay canibalismo ritual en *Homo sapiens*, como sólo hay rito en *Homo sapiens*, el único ser con pensamiento simbólico, el único ser que da sentido a la muerte.

Es decir, recapitulando, sólo el rito funerario, la tumba, el ajuar, etc. permite reconocer objetivamente a un ser humano frente a un homínido. La actitud ante la muerte nos habla de un ser cuyo entendimiento le permite conocer la fugacidad de su vida y le hace vivir con la incertidumbre de mañana. Pero también a un ser que no sólo no ignora la presencia del cadáver sino que lo reconoce como tal, lo identifica con el hombre que fue, lo respeta y le da un tratamiento especial para proclamar la inmortalidad de su existencia con una vida más allá de la muerte. Desde ese momento, que podemos fechar según los datos más recientes en no más de 100.000 años, encontramos no sólo tumbas más o menos enjaezadas, con restos de una o más personas, sino necrópolis rudimentarias y estructuras megalíticas relacionadas con el más allá, donde el antiguo Egipto sobresale por profesar una cultura en torno a la muerte que raramente ha sido superada. Verdaderamente, una antropología de la muerte significaría hacer un recorrido cultural por los diferentes pueblos del mundo que a lo largo de estos cien mil años se han enfrentado a la finitud de la vida y han buscado una respuesta que les dé un significado existencial; pero también saber que entienden, y que han entendido estos pueblos, ante el misterio del hombre; y qué entendemos hoy: si todavía reconocemos en nosotros la dignidad y el respeto que supieron ver los primeros *Homo sapiens* del planeta, tanto en hombres, mujeres, niños o fetos, y la existencia de un más allá que perpetúa y completa la vida para siempre lejos de las penalidades de este mundo.

III. ANTROPOLOGÍA Y CULTURA DE LA MUERTE

Uno de los principales problemas ante la muerte es que, a pesar del reconocimiento del cadáver y de la seguridad de una vida finita, se genera una angustia ante un misterio que somos incapaces de desentrañar ya que sabemos de ella por la de los demás y no por experiencia propia. Siempre es el “otro” el que muere. Esta angustia es común a todos los tiempos, pueblos y culturas, y pone en movimiento toda una serie de mecanismos de defensa, creencias y ritos que intenten paliarla. La muerte es una continua amenaza en la vida de cualquier persona, aunque no la nombremos, aunque tratemos de ignorarla, aunque vivamos como si el instante final de nuestras vidas nunca fuere a ocurrir. Y las dife-

rentes maneras de enfocar este problema antropológico generan unas culturas de la muerte que pueden centrarse bien en el difunto (cadáver, sepultura, ofrendas, rituales... duelo, esperanza) o bien en los vivos (exorcismos, culpables, relación con el mundo de los muertos, prácticas espiritistas, sacrificios rituales, canibalismo, búsqueda de la inmortalidad...). Es decir en el preocuparse por el muerto o por la muerte. En el primer caso, la reacción será de pena, dolor, aceptación e incluso de sentido de trascendencia; en el segundo caso la respuesta es más egoísta porque de lo que se trata es de evitar la propia muerte aprisionando la vida y el mundo en que vivimos, o la de irnos preparando un más allá a nuestra medida que prolongue nuestra actual forma de vida al tiempo que tratamos de alejar de nosotros esta certeza.

Generalmente, cuando se habla de cultura de la muerte se habla de un comportamiento específicamente humano, ningún animal entierra a sus muertos. Acuden a nuestra mente ceremonias más o menos complejas relacionadas con el tratamiento del cadáver: embellecimiento, embalsamamiento, amortajamiento, ajuar, acompañamiento, etcétera, o con la inhumación, con la sepultura, con la cremación o con la exposición a los agentes naturales del mismo en un lugar sagrado, incluso con el descuartizamiento y la necrofagia. Se piensa en necrópolis, en grandes túmulos funerarios, en máscaras... y, solemos, con frecuencia, rememorar, entre otras, la cultura egipcia, con sus pirámides, tesoros y momias, dónde se hablaba incluso de la “ciudad de los muertos”. Y también las culturas precolombinas, donde, igualmente, el embalsamamiento y la momificación fueron un hecho, junto a muchos sacrificios rituales. O en la espectacular tumba de Agamenón, en Micenas (Grecia), plagada de recuerdos de la célebre Guerra de Troya. O en la belleza del Taj Mahal, levantado para conmemorar un amor inmortal que llevó a la tumba a los que lo construyeron. Y en los cementerios indios. Y no tendría esto nada de particular, sólo serían diferentes formas de expresión, según tiempo y lugar y categoría social del difunto, para manifestar el deseo de honrar y perpetuar la memoria de los ya fallecidos y de facilitarles el tránsito a la vida eterna si no fuera porque, muchas veces, los ritos funerarios eran forzosamente comunitarios al ampliarlos al mundo de los vivos: ¡cuántas veces se enterró al faraón junto a alguna de sus esposas, de sus sacerdotes y escribas, de sus soldados y, sobre todo, de su servidumbre, para que también le pudieran acompañar en la otra vida! Baste para recordar la barbarie que puede implicar la cultura de la muerte, como, todavía hoy, en la India, a pesar de la prohibición del gobierno, en alguna aldea perdida, se sacrifica a la viuda en la pira funeraria del esposo muerto, remedo cultural de un pasado más terrible. La mutilación, hasta bien entrado el siglo XIX, ha sido considerada por muchos pueblos primitivos como muestra de pesar y tristeza, de duelo, no sólo arañándose o lacerándose sino cercenándose terriblemente determinadas partes

de su cuerpo, como se ha observado en América, Malasia, África y otros lugares. Pero también era una forma de precaverse de los espíritus errantes por el mundo, de sustituir al sacrificio humano, como en Grecia, o de prestar salud a un pariente enfermo, transformando la carne amputada en jugo medicinal para curarle, como en China.

Es decir, la cultura de la muerte puede llegar a degenerar al ir más allá del respeto y cuidado del cadáver, del duelo, e involucrar el asesinato de personas más o menos relacionadas con la persona muerta, degeneración que, en el extremo, lleva a una desvinculación completa del acto fúnebre y no necesita mediación de cadáver. Pasamos así a toda una serie de ritos más o menos institucionalizados, según cultura, que llevan asociados la muerte de determinadas personas en actos que pretenden dar vida. A pesar de que la muerte es un evento cotidiano, el hombre, con frecuencia, de forma más o menos deliberada y por una subyacente y falsa sensación de inmortalidad, tiende a olvidarse de ella negándola constantemente. Vivir el propio proceso de la muerte es tan brutal que la sociedad tiende a pensar que nadie muere por causas naturales, e ingenuamente cree que si elimina las causas de la muerte (incluso a las personas a las que se responsabiliza y culpa de la misma, aun sin fundamento) la vencerá y alcanzará la inmortalidad

Hemos hablado de enterramientos y de canibalismo paleolíticos, y de enfermedad y de cuidados al enfermo, para resaltar unas costumbres propias de nuestra especie, de *Homo sapiens*. Costumbres que, como hemos visto, son unas de las múltiples respuestas que adoptamos ante la muerte porque, ante este misterio, ni siquiera bien comprendido como algo natural y propio del devenir del universo, según se ha apuntado, cada cultura y cada pueblo ha dado respuestas muy diferentes a lo largo de la historia de la humanidad. Digamos que lo común es la resistencia ante la inevitabilidad de este hecho, y que esa resistencia, en ese no querer aceptar lo irremediable, en ese buscarle un significado a la muerte, el hombre ha sido muy creativo, tanto para hacer rebosar su humanidad a tope como para hacer destacar la mayor y más cruel inhumanidad: Ante la muerte hay posturas de amor inmarcesible y de egoísmo acusado. La lucha en contra de la muerte se convierte en la lucha por la conservación y prolongación de la vida. Y por eso, la postura ante la muerte es el rasgo más decisivo para reconocer si un fósil es o no es humano. Sin embargo, a veces, esa reacción ha desembocado en situaciones de injusticia que creaban más dolor, sufrimiento y muerte en una especie de círculo vicioso: ¡Cuántas veces, en un egolatrismo ligado a un sentimiento de poder, de inmortalidad, de competencia... por el que, en una especie de “*quítate de ahí que yo me ponga*”, eliminamos a nuestros semejantes o les negamos el derecho a ser considerados como tales! ¡Cuántas, la muerte seduce, fascina, especialmente la de los demás, place y da lugar

a conductas sadomasoquistas que se desarrollan con una crueldad inusitada! ¡Cuántas, se ha ido creando así, a lo largo de la historia de la humanidad, una verdadera cultura de la muerte en el sentido más negativo de esta acepción! Para alejar la muerte se ha llegado a matar. De intenso calado son los sacrificios de personas que, en las religiones animistas, son consideradas culpables de la enfermedad y fallecimiento de otra y que lleva a matarlas, desde el chamán al primero que pase cerca de la choza, sin más explicaciones, como ocurre en África y otras culturas. A veces ni siquiera por la muerte de personas sino de animales, animales totémicos a las que son sacrificadas, bien en forma de mutilación de algún miembro o de pena capital, quién es considerado responsable de la misma.

Otras veces el sacrificio no se refiere al pasado, al muerto, o al ritual fúnebre, sino al futuro, y tiene como finalidad implorar prosperidad, salud y suerte sobre la ciudad, poblado o familia, para aplacar a la divinidad o ahuyentar a la muerte. Los albinos, en muchas zonas de África, como en Tanzania, son sacrificados y descuartizados para fabricar amuletos de la suerte que conjuren la muerte. La inmortalidad mal entendida, con pasiones y deseos iguales a los que existen en vida, llevaba a trasladar estos deseos y pasiones a este mundo en el afán de alcanzarla. Las civilizaciones precolombinas mesoamericanas ofrecían sacrificios multitudinarios en este sentido. En Florida se sacrificaban los primogénitos al dios Sol. En Méjico, desde los olmecas a los aztecas, se realizaban múltiples sacrificios humanos que acababan con la ingestión del cadáver tras la del corazón, ¡hasta 20.000 al año!, lo que obligaba a declarar la guerra a otros pueblos para obtener prisioneros e incluso ¡a matar a los propios hijos! Todos los pueblos del Oriente Medio sacrificaban niños a Moloc-Baal. La antigua Cartago, una de las civilizaciones más sanguinarias que han existido, superaba a todos, ¡se sacrificaban sistemáticamente todos los primogénitos nada más nacer por su propio padre! Y de estas prácticas criminales no se libraron ni Grecia ni Roma. En el antiguo Egipto ahogaban todos los años a una muchacha en el Nilo. Los galos inmolaban personas no sólo en las festividades religiosas sino en caso de enfermedad; la necesidad de sacrificios humanos era un dogma establecido por los druidas. Muchas veces las víctimas incluso se ofrecían voluntariamente. Los pueblos de Asia, al llegar un hombre a cierta edad era sacrificado junto a diferentes animales, cocían las carnes de todas las víctimas y se las comían en un gran festín. En la India se ofrecían hombres a Kaly y otros dioses, y los brahmanes contemplaban con regocijo el sacrificio de las viudas en las piras funerarias de sus esposos. En el Japón antiguo se ofrecían sacrificios humanos a las divinidades malévolas, como el Dragón de las Nueve Cabezas. En Dahomey sacrificaban a los prisioneros de guerra, que después descuartizaban y comían. También se los ofrecían en cestas al pueblo como regalo con fin

culinario-alimenticio. Costumbre también extendida en África donde en países como Liberia, Zaire, Biafra, y otros, se ha llegado a sacrificar a los propios hijos al demonio.

En otro orden de cosas, pero también ligado a la enfermedad de una persona, y a su irremisible fallecimiento si ésta no cura, son los sacrificios de hermanos menores para alimentar al mayor, costumbre milenaria que todavía hoy perdura en algunas aldeas de China. Y, en la misma línea, hoy, en nuestra avanzada y tecnológica civilización, se fabrican niños, mediante fertilización *in vitro*, que sirven de “medicamento” al hermano enfermo; operación en la que se desechan, se sacrifican, los niñitos, incluso sanos, que no son histocompatibles con el hermano al que se pretende curar, a los que se les niega el derecho a nacer. La Ley de Investigación Biomédica vigente en España también permite, si se considera que la investigación es de interés para la salud de terceros, experimentar con menores, deficientes e inconscientes, aunque la experimentación les conduzca a la muerte, aunque no consiga el resultado esperado. También la clonación mal llamada “terapéutica” de seres humanos con fines clínicos, e industriales y comerciales; es decir, de personas (como demuestra la ciencia) que son engendradas sólo para morir: *Ave Caesar morituri te salutant*, Al nuevo César, al progreso, todo le es sacrificable. Es más, la Unión Europea pretende aprobar, en abril de 2009, que las investigaciones y experimentaciones clínicas se realicen a partir de ahora preferentemente sobre niños no nacidos a sobre animales. No hay nada nuevo bajo el sol, los sacrificios humanos continúan, a la muerte de unos se pretende vencer con la muerte de otros en una batalla que de antemano está perdida porque por mucho que avance la ciencia, la medicina y la tecnología, por mucho que se prolongue una vida humana, nunca se acabará con la muerte.

Y es que el infanticidio ha sido otra constante en la historia de *Homo sapiens*: cananeos, fenicios, cartagineses, e incluso israelitas. En Esparta se lanzaba desde el Monte Taigeto a los niños débiles o con malformaciones. Platón mandaba matar niños no robustos. Roma concedía a los padres el derecho a decidir sobre la vida o la muerte de sus hijos (y el de venderlos a su antojo). En África la vida de los niños dependía del hechicero de la tribu, que dirimía su probable y futura bondad o maldad en el momento del nacimiento, aunque en caso de parto gemelar se asesinaba a ambos. En América, a principios del siglo XX existía esta costumbre entre los indios majos de Bolivia y entre los de California. Algo similar ocurre entre los esquimales de Groenlandia y Canadá. El país más terrorífico es China: las matronas, todavía en el siglo XX, introducían a los niños en un caldero de agua hirviendo nada más nacer, los arrojaban a los ríos, los ahogaban con almohadones, o los mataban de otras maneras. Hoy, la política del hijo único no ha hecho desaparecer estas prácticas reprobables.

Y no le quedan a la zaga India e Indochina, donde los niños morían a miles. E igualmente el Pacífico y la Polinesia. Europa, gracias a su cristianización temprana, perdió estas bárbaras costumbres. Muchas son las causas del infanticidio y del aborto, desde la pobreza a la enfermedad de un hermano con el que se alimenta al niño, o la superstición, como entre los mogoles de China, donde se mata a las niñas para que su alma se reencarne en forma de niño. Una cultura aún más fomentada por la civilización materialista.

Las culturas de la muerte centradas en el finado han dado paso a las culturas de la muerte, perversas, en las que la vida de determinados seres humanos no importa porque se han convertido en medio y han dejado de ser fin en sí mismas, el medio de facilitar la supervivencia de ciertas personas e incluso de ciertos animales. Una nueva visión del hombre y de la muerte que encubre el egoísmo más o menos manifiesto, de cualquier índole, hasta el extremo de que nuestras instituciones justifican y legalizan ciertos crímenes bajo un sentimentalismo piadoso, o, lo que es más terrible, como ¡"derecho humano" del egoísta! Así las cosas, es preciso camuflar la palabra asesinato por otro nombre que no despierte a nuestra conciencia, como si el hecho de cambiar de nombre hiciera menos monstruoso ese acto. De igual manera que en la cultura azteca al asesinato de una persona, por ejemplo: cuando no llovía, se le llamaba "sacrificio en honor del Dios de la Lluvia", hoy al asesinato del niño no nacido, dentro del vientre de su madre, se le llama "aborto", aun cuando el niño es perfectamente viable, como si fuera comparable al aborto natural⁴. Y tanto se camufla la muerte en este hecho que se asegura que no se mata a un niño sino que la madre se desprende de un puñado de células informe que le hacen daño como si ese niño fuera una especie de tumor. Pero, a pesar de todo, y precisamente por lo que ocurre de forma natural (el fallecimiento de un niño en el seno materno), esta palabra, aborto, lleva una connotación de muerte que hay que camuflar todavía mejor porque deja traslucir el horror del asesinato del hijo no nacido en el lugar donde la naturaleza le cobijó para que estuviera más protegido. Se habla, entonces, de "interrupción voluntaria del embarazo", y preferentemente, de forma más enmascarada, se denomina a este acto criminal solamente por las siglas: "IVE". Y en nuestro país, hacerse una IVE se ha convertido en un "derecho humano" de las mujeres, de las madres, mientras nadie se acuerda de los hijos, de su derecho a nacer.

Pero hay otra cuestión ligada a la muerte que también perturba, la vejez. Como decía el poeta español Jorge Manrique, en las celebradas *Coplas a la muerte de mi padre*, "morimos cuando nascemos", porque la muerte es un

4 El aborto natural se produce espontáneamente a consecuencia de una degeneración del proceso de desarrollo embrionario por algún problema en su plan de formación original que lo impide.

proceso natural de desgaste del propio organismo, escrito en nuestros genes, de tal manera que cada célula de nuestro cuerpo, como la de cualquier otro ser vivo, lleva un programa de autodestrucción conocido como proceso de apoptosis. Es el precio que pagamos los organismos por tener sexo. Todo ser vivo sexuado pasa por varias fases desde el cigoto a la muerte, a la que precede la etapa de degeneración o senectud. Y muchas culturas no aceptan esta etapa de degeneración en que el ser humano se vuelve gravoso, y porque la proximidad del final de su vida les recuerda a los demás el suyo propio. Este es otro de los problemas que provoca la muerte, cuando ésta no se acepta, el que la extinción de otra persona me hable continuamente de mi propia e inevitable extinción. Y la negación de la misma aparece de nuevo en escena no aceptándose tampoco al enfermo o al anciano. Muchos son los pueblos primitivos que se han deshecho de sus ancianos ante la escasez de recursos, pero, nuestra civilización actual, Occidente, rechaza la vejez y sobrevalora la belleza y juventud hasta el extremo; dándose, sin embargo, la circunstancia de que es una sociedad generadora de “mayores” (como eufemísticamente se les tiende a llamar para huir de la decrepitud implícita en el término anciano) en la que la pirámide poblacional está invertida. En una sociedad consumista y materialista, el anciano, o el enfermo desahuciado, son vistos como cargas improductivas que provocan devaluación, indiferencia y abandono, soledad, por lo que el fantasma de la eutanasia ha hecho su aparición después de haberse considerado durante siglos propio de civilizaciones inferiores en las que no se da valor al individuo frente a la comunidad. En sociedades como las polinesias la eutanasia tiene fuerza de ley junto al infanticidio y al aborto por una cuestión de recursos. El pensamiento moderno, sin embargo, la defiende como un “derecho del hombre” bajo el paraguas de una caridad humana mal entendida porque se supone que un ser humano con deformidad, accidente desgraciado, enfermedad incurable o decrepitud, sufre enormemente y en la muerte encuentra el único consuelo, sin darse cuenta de que la vida es un bien, el mayor bien, y que merece la pena vivir, aun con defectos, a no vivir. Por eso, también, al asesinato del anciano, del deficiente, del inconsciente (coma profundo) o del enfermo, del ser humano no productivo, se le denomina “eutanasia” (literalmente “buena muerte”), aunque hoy se prefiere hablar de “muerte digna” (?), y me pregunto cuando este crimen se empezará a encubrir bajo las siglas “MD” y se convertirá en un “nuevo derecho humano” (ya está previsto que así ocurra), en el que, como en el caso del aborto, del infanticidio y de muchos sacrificios rituales, el verdadero protagonista, el *moriturus*, está excluido de ser consultado o se encuentra presionado por condiciones adversas de superstición, soledad o dolor.

Pero hoy nos encontramos una nueva cara de la muerte: la de la muerte planetaria, algo también exclusivamente humano, ningún animal se preocu-

paría por el planeta en que vive. Y la cultura de la muerte se ha impregnado de ella. Las nuevas supersticiones que tratan de vencer a la muerte pueden incluso alcanzar cotas de genocidios inusitadas en nuestro consumista-materialista-relativista mundo actual. Los “nuevos derechos humanos” exigen la supremacía de la sociedad frente al individuo, especialmente la del resto de la comunidad viva (los seres vivos no humanos) y del planeta en que vivimos, resucitándose así, y casi por decreto-ley, el culto a la Madre-Tierra de las antiguas civilizaciones, a la que *Homo sapiens* puede ser sacrificado porque su valor no es diferente del de una piedra o del de un animal o planta. Es decir, la nueva cultura de la muerte cursa con menoscabo de la realidad humana. Ante la contaminación y otros problemas ambientales se ha hecho creer a la sociedad que el hombre es la causa de todos los males del planeta, el cáncer de la Tierra, y que hay que controlarlo. Por eso, cuando se legisla para salvar a la Tierra de un imaginario peligro que vende la “Ecología del Miedo”, de lo primero que se habla es de reducir la población mundial. Y ya sabemos cómo: anticoncepción, aborto, esterilización, eutanasia... e incluso la política del hijo único, como en China. Cualquier medio es bueno mientras sirva para alcanzar un ideal de población humana en torno a la tercera parte o menos de la que hoy existe, partiendo de las, ya demostradas erróneas, tesis de Malthus, como si los recursos naturales del planeta estuvieran a punto de agotarse. Sólo así tienen explicación el *Informe Kissinger*, la *Carta de la Tierra* o los *Objetivos del Milenio* y otros documentos en los que el “desarrollo sostenible” parece condicionado por el número de habitantes del planeta. Y sólo así se explica que muchos programas de ayuda de la ONU a países en desarrollo estén sometidos a la aceptación previa de una política antinatalista que, además de abortos, implica esterilizaciones masivas de mujeres-niñas, a veces sin su consentimiento y conocimiento, y sobre todo, si de esa manera se evita que ciertos recursos naturales, riquísimos y específicos de esos países del llamado Tercer Mundo, sean explotados por los naturales de ese país o región. Por esta causa, también hay otros genocidios actuales de los que no se habla, no interesa que sean noticia. Que no conviene que se conozcan para que nadie se pregunte el por qué de ellos ya que, además de reducir la población mundial, entrañan un gran negocio. Esta raíz tienen las guerras étnicas y endémicas de África. Las hambrunas generalizadas. La prostitución infantil. El tráfico de órganos humanos. La aberración de los niños-soldados. Las enfermedades curables que se convierten en endémicas. Algunas persecuciones religiosas, sobre todo si esa religión defiende a los más débiles y desamparados. Y un largo etcétera.

Pero hay un detalle curioso, que no podemos dejar de comentar, porque también forma parte de la nueva cultura de la muerte, porque entraña la muerte del hombre en cuanto hombre, no la transformación de un vivo en un cadáver,

sea la causa la que sea, sino la negación del hombre en cuanto a tal, la transformación de un hombre en un zombi. Durante el siglo XX, se ha ido gestando una nueva ideología que, basada en la lucha de clases propuesta por Marx, y defendida desde el feminismo radical, pretende subvertir la naturaleza humana. en el sentido de que cada ser humano es dueño de elegir esa naturaleza porque no depende tanto de nuestras condiciones genéticas como de una cultura asumida. Así, independientemente de lo que marque la biología del desarrollo corporal (inscrita en el plan de formación de cada especie), de la mente adecuada al mismo y, en el caso de *Homo sapiens*, del núcleo espiritual que lo rige en correspondencia, esta ideología, la *Perspectiva de Género*, propone el violentamiento de todo ello en aras de una elección generalmente imposible. Esta ideología trata de imponerse desde la más tierna infancia, cuando el ser humano todavía se está formando, cuando el niño desconoce lo que significa la elección en uno u otro sentido, promoviendo una sexualidad “polimorfa”⁵ e indiscriminada. Así vemos que tanto en *La Carta de la Tierra* como en las propuestas de *Desarrollo Sostenible* o en los *Objetivos del Milenio*, se habla más de instaurar la *ideología de género*, como nuevo derecho humano de consenso, que de reducir la contaminación en los ríos. Y esto choca. Se me vienen a la mente las palabras del Evangelio: “no temáis a los que matan el cuerpo, guardaos más de los que matan el alma” (Mt. 10, 28). Por eso, el mayor peligro de muerte institucionalizada no viene de una cultura de la muerte perversa, en el sentido corporal, sino de la *Ideología de Género*, verdadero Caballo de Troya que trata de desnaturalizar al hombre. La *Equidad de Género*, como también se le llama, equipara al hombre con cualquier otro ser del universo, se rebela contra las leyes de la naturaleza y propone, como consecuencia de nuestra libertad, el elegir lo que queremos ser, aunque sea antinatural. Así, defiende que el ser hombre o mujer es cuestión de elección, indistintamente de como hayas nacido, y que puedes practicar también el sexo a tu elección con todo aquello que te provoque placer: persona, animal o cosa, hombre, mujer o niño, cada vez a una edad más temprana y sin cortapisas de ningún tipo. Trata, asimismo, de desvincular a la mujer de la maternidad, para lo que los hijos deben concebirse por técnicas artificiales y en cuanto sea posible cederlos a otros úteros (animales o artificiales) que los incuben. Y que desde su nacimiento el Estado ha de hacerse cargo de ellos, a fin de que la familia desaparezca y la mujer quede plenamente liberada de esta carga. Se me viene a la memoria la utopía narrada en “*Un Mundo Feliz*”, de A. Huxley (1932). La ideología de género va más lejos.

5 La *ideología de Género* denomina “sexualidad polimorfa” a una sexualidad no definida por la naturaleza sino elegida libremente por cada ser humano, independientemente de lo que ésta marque. Así, se definen seis géneros: heterosexual masculino, heterosexual femenino, homosexual masculino, homosexual femenino, bisexual y transexual, aunque ya hay quien propone el género neutro.

En ese “bravo mundo” los hombres, mujeres y niños eran marionetas abocadas a la promiscuidad sexual para mantener la estabilidad social (lo que en el lenguaje políticamente correcto de hoy se denomina “paz”), pero eran hombres, mujeres y niños en consonancia con su naturaleza, salvo su nacimiento artificial nada estaba forzado. La *Ideología o Equidad de Género* habla de polimorfismo sexual y todo está trastocado o ha de poder trastocarse por elección varias veces a lo largo de la vida indistintamente de lo que manda la naturaleza. Pues bien, esta Ideología ya está infiltrada en nuestro sistema legal a través de la ley del matrimonio homosexual, reproducción asistida, aborto, anticoncepción, divorcio y educación. Entre los objetivos propuestos para la asignatura *Educación para la Ciudadanía* está “alcanzar la *Ideología de género*”, y no nos olvidemos que se evalúa a través de actitudes que demuestren que se ha alcanzado, no mediante un examen teórico.

¿Hacia donde y hacia qué camina la humanidad si estos son los “nuevos derechos humanos”, si se nos impone una cultura de la muerte perversa?, hemos avanzado muy poquito en humanidad desde la Edad de la Piedra.

¿Cómo puede ocurrir esto?, ¿por qué?, cabe preguntarse.

IV. RAZONES PARA UNA CULTURA DE LA MUERTE PERVERSA

Recapitulemos: El hombre es el único ser del universo que sabe de su finitud, el único que se da cuenta de la existencia de un mundo exterior a él, y el único capaz de ver al resto de los hombres como a otro “yo”, y en función de esto de tratarles con la misma dignidad que yo merezco. Reconocer mi “yo” en un “tú” es reconocer la igualdad de todos los seres humanos en derechos y en dignidad, ese “ser hermanos en el mismo Padre” que canta Beethoven en su *Novena Sinfonía*, independientemente de su raza y condición. Y esta dignidad que vemos en el “otro” como si de mi “yo” se tratare está tan ligada a la condición humana que la asumimos para su cadáver, una vez que tiene lugar el fallecimiento, como forma de reconocimiento no sólo de su pasado vivo sino de su futura inmortalidad (Morín, 1992). Negar esta evidencia, la dignidad de la persona humana en cualquier situación, es ver en el otro un adversario a eliminar o un objeto a utilizar, es negarle su condición de persona y cosificarlo. Desde mi experiencia profesional he comprobado que la institucionalización de la muerte es debida, muchas veces, al ámbito cultural y a la tradición de ciertos pueblos, pero, sobre todo, al desconocimiento que existe en general sobre quién es el hombre. Aunque esto no la justifica. Una formación antropológica, por somera que sea, completada con lo que la moderna biología nos ha aportado al conocimiento de la vida, nos brindaría la oportunidad de evitar la promulgación desde

el poder de ciertas leyes que son un atentado contra la persona humana, aunque tuvieran vigencia en el pasado, y frenaría ciertas prácticas criminales toleradas, cuando no compartidas. Por ejemplo, con respecto al aborto provocado, muchas personas desconocen que el embrión es una persona, un ser humano, como ha demostrado la ciencia actual, o sabiéndolo, por intereses bastardos, se niega, e incluso se inventan nuevas palabras para referirse a los quince primeros días de ese niño a fin de negarle su pertenencia al género humano, como ocurre con el término “preembrión”, un término jurídico no reconocido en la literatura científica. Qué curioso, ¡negamos hoy al *nasciturus* la dignidad de persona y en los enterramientos paleolíticos sí se le reconocía!, y... ¡si tendrán conciencia de este hecho los japoneses que, a pesar de que el aborto voluntario es una costumbre socialmente bien aceptada desde antiguo, tras provocar la muerte del niño en el seno de su madre se sigue el correspondiente duelo y las honras fúnebres necesarias!

El que a la sociedad, desde la cuna, o en la enfermedad o en la ancianidad, un ser humano le pueda parecer desagradable, despreciable, doloroso o repugnante, no impide que ese ser, por sus cualidades, talentos o virtudes, preste a la sociedad servicios de índole superior. Recordemos al jorobado Pedro Antonio de Alarcón, al “manco de Lepanto”, nuestro insigne Miguel de Cervantes, o simplemente, por citar a alguien de nuestro tiempo, a Steven Hawking que desde su silla de ruedas y comunicándose a través de un ordenador, casi en parálisis absoluta de su cuerpo, enriquece día a día el campo de la ciencia. Beethoven tuvo, de haber nacido hoy, todas las papeletas para que su madre hubiese abortado: enferma, en la pobreza y con un marido alcohólico, y ¡qué genio se hubiera perdido la humanidad!, pero también las tuvo para, al final de la vida ser premiado con la eutanasia: anciano, enfermo, con dolores terribles, sólo y mísero, y, sin embargo, en aquellas terribles circunstancias compuso una de las obras cumbre de la música de todos los tiempos, el más bello poema sinfónico-coral de su carrera, la *novena Sinfonía*, en cuyo último tiempo nos deleita hablándonos de “alegría, porque somos todos hermanos e hijos del mismo Padre”. Clásicamente, se han aducido como razones para una cultura de la muerte perversa: la inmortalidad mal entendida; el politeísmo con presencia de dioses diabólicos que exigían el sacrificio humano como tributo, pago de la ofensa o de la necesidad de aplacar a la divinidad adversa para evitar calamidades; la pobreza, el embrutecimiento y la superstición de muchos pueblos; o el carácter guerrero de ciertas civilizaciones. Pero en nuestra “avanzada” civilización occidental del siglo XXI sólo es posible encajarla en esos parámetros clásicos si recordamos lo que Chesterton (2007) y otros autores han denunciado: la ausencia o muerte de Dios. Nos encontramos en la primera sociedad de la historia de la humanidad oficialmente “atea”, aunque en realidad creemos en

otros dioses como la razón positiva, el progreso, el poder, el dinero o el sexo, y, últimamente, como hemos señalado, la Madre-Tierra, dioses no nuevos, por cierto, que bajo diferentes nombres y aspectos, han sido venerados en los templos de todo el mundo durante todas las épocas. Es decir, en realidad, la oficialmente civilización atea en que vivimos profesa un politeísmo muy variado. Pues bien, los estudios antropológicos han mostrado que, por el contrario, los pueblos más primitivos del planeta, aquellos que creemos más se asemejan a la humanidad más antigua que comenzó a poblar el planeta (Botocudos de California, Negritos de la Islas Andamán, Vedas de Ceylán, Fueguines del extremo sur de América, Pigmeos de África, Aborígenes australianos, Piesnegros de Norteamérica...), son monoteístas (creen en un único dios, en un ser supremo creador de todas las cosas: Biame, Puluga, Tore...); y no sólo eso, son además tremendamente respetuosas con la vida, si conocieran las prácticas de la cultura de la muerte se horrorizarían. Y es que parece demostrado que las creencias de la humanidad han pasado por diferentes fases, según se vaya haciendo más o menos difícil el seguimiento de la ley natural y la “necesidad” de desligarse de su “yugo”: Así, del monoteísmo (la religión más exigente desde el punto de vista moral), se pasa a un politeísmo que con el tiempo degenera en la adoración a los demonios o en el ateísmo (más raramente), y en el que se pierde todo sentido moral y aprecio por la vida (propia o ajena). Pero también influye una antropología deficiente y equívoca. A este respecto podemos recordar que en las religiones judía y cristiana el concepto de hombre está ligado al de Dios; que, aunque creado del barro, de materia, es imagen y semejanza de un Ser Supremo sin defecto ni límites que es enteramente libertad y amor porque le exhaló su Espíritu.

Pues bien, centrándonos en lo que es el hombre, el Proyecto Genoma Humano ha demostrado que todos los seres vivos compartimos los mismos genes, y que, por tanto, las evidentes diferencias entre unos y otros no están situadas en ellos. El hecho de que cada ser vivo, cada especie, tenga activados unos genes de forma propia y característica frente a como los tienen activados otros organismos, y el hecho de que cada especie tenga su propio programa de desarrollo, su propio plan de organización, desde el cigoto a la muerte, marca la diferencia, como las últimas investigaciones científicas han demostrado. Por ello, el inicio de la vida de un mamífero comienza con la formación de un cigoto en el que existe un propio plan de desarrollo (específico) que, si nada lo interrumpe, conducirá a las fases de embrión, infancia, juventud, madurez y senectud antes de que sobrevenga la muerte natural. El cigoto mamífero es la célula primigenia característica de una especie determinada, que en un ambiente natural (las trompas de Falopio de la hembra) se forma tras la unión de un óvulo con un espermatozoide. Y ese cigoto tiene su código genético

(distinto al de los padres) y su sexo determinado (por la presencia o ausencia del cromosoma “Y”) desde ese instante; así como un programa de desarrollo propio por el que da órdenes al cuerpo de la madre para que se adapte para recibirlo y acogerlo, convirtiéndolo de esta manera en su nido durante una temporada. El desarrollo de la ingeniería genética hace posible hoy que los cigotos se puedan formar en ausencia de fecundación óvulo-espermatozoide, como en la clonación, e incluso obtener cigotos híbridos hombre-animal y macho-hembra, que pueden plantear problemas éticos e incluso filosóficos. Estas aberraciones no diezman la dignidad de la persona humana en sus estadios iniciales: si el cigoto es de un *Homo sapiens* (como ocurre en los seres humanos clonados por cualquier método posible) estamos ante un hombre con toda su dignidad y con todas sus potencialidades, no estamos ni ante un animal ni ante una cosa, sí ante un ser humano, sí ante una persona. El hombre, como mamífero, nace, pues, en cada cigoto humano que se forma, sea por la técnica que sea, dadas las potencialidades de la fecundación *in Vitro*, y se desarrollará siempre que tenga un nido que le acoja, proteja y le suministre las sustancias nutricias que necesita hasta que sea capaz de vivir por sí mismo. Quiere decir esto, que el ser humano, como mamífero, necesita una madre que le acoja en su vientre hasta que nazca, y una familia que le permita crecer armónicamente.

Y es que el hombre no es un mero animal aunque sea producto de la evolución. Ante el hombre la ciencia se para, no es capaz de abarcarlo en su totalidad, y se corre el peligro de reducirlo si nos mantenemos solamente en el dato empírico. Es curioso que, mientras la ciencia reconoce el misterio del hombre, ciertas ideologías basándose en la ciencia (lo que no nos dicen es en qué “ciencia”), sólo porque son materialistas, nieguen su misterio y su grandeza. ¡Cuántos científicos ateos usan el término milagro o misterio para referirse a hechos científicos inexplicables, como Francis Crick, el codescubridor del ADN! ¡Cuántos científicos ateos han creído en un Ser superior al descubrir el misterio y la belleza de la vida, como Francis Collins, el director del *Proyecto Genoma Humano!*, algo que el hombre de la Edad de la Piedra ya sabía. Por cierto: misterio y belleza, dos palabras que hay que recuperar y reivindicar porque nos son necesarias para nuestro vivir aunque no sean políticamente correctas, dos palabras cuyo significado conoció el primer *Homo sapiens*, como demuestran los enterramientos, el arte y el sentido de trascendencia que acompañan a los fósiles paleolíticos. Y es que, siguiendo con nuestras reflexiones antropológicas, el hombre, además de cuerpo y mente, como mamífero que es, posee un núcleo espiritual en el que reside el “yo” que gobierna la “totalidad única físico-anímico-espiritual que es”, como defiende la psicología-psiquiatría actual. Es decir, el hombre es algo más que materia porque, aunque la ciencia no pueda explicarlo sí reconoce que “nunca el estudio del cerebro será capaz

de revelarnos la complejidad humana” (Mora, 2001). Quede pues, de entrada, completamente claro, que la ciencia demuestra que el hombre no es un animal en sentido estricto; que es “algo más”, inexplicable hoy pero innegable desde el riguroso dato empírico. Ese “algo más” por el que, para hablar de evolución humana (aunque no exclusivamente), empleamos el término “revolución biológica” debido a la dificultad que tenemos de encajarlo en un esquema de filiación evolutiva gradual con otros homínidos, y por las notables diferencias de todo tipo que encontramos frente a éstos. No hay dato científico que no avale que el hombre es radicalmente distinto a todos los animales, y que no se puede comparar ni igualar a ellos bajo ningún concepto. El hombre es un ser espiritual, dotado de entendimiento y voluntad, y por ello un ser libre, que decide lo que quiere en cada instante de su vida, que conoce el bien y el mal y elige, que sabe que sabe. Por eso decimos que es una persona, aunque este concepto no sea científico, porque las ciencias reconocen la existencia de inmaterialidad en el ser humano puesto que en ningún proceso de disección, autopsia u operación quirúrgica nadie se ha topado con la mente (aunque en técnicas de imagen seamos capaz de retratar la actividad mental, ¿o más bien la respuesta cerebral a la actividad mental-espiritual?), ni tampoco con el espíritu; “*epur si muove*”. La ciencia aclara más, cada hombre nace en cuanto se forma un cigoto *Homo sapiens*, y es siempre hombre, nunca deja de serlo, nunca es otro animal, ni “medio-hombre”; es hombre desde ese primer estadio de desarrollo hasta la muerte natural. No en vano está acostumbrada a estudiar las metamorfosis que sufren muchos seres vivos, con aspectos muy diferentes en las distintas fases de desarrollo y sin que eso le merme un ápice al ser de la especie que en concreto es (como ocurre en los batracios o en los lepidópteros). El hombre ya “es” en un cigoto humano, y no deja de serlo por mucho que ese cigoto cambie de aspecto en el tiempo, como también lo es en una situación de coma profundo. Esto lo sabe hasta un niño pequeño que, desde su inocencia, sabe reconocer en un álbum de fotos al abuelito desde la primera ecografía que le hicieron en el vientre de su madre, como supo ver al emperador desnudo en el famoso cuento de Andersen. Por la misma razón que hablamos de gusano de seda ante sus huevos, sus capullos o sus mariposas, o vemos una cigüeña en un huevo de tal ave.

Nuestra especie es el resultado de un largo proceso evolutivo. Recapitula toda la historia del Cosmos desde el Big Bang, desde ¿antes? si fuere cierto que nuestro universo es consecuencia de una fluctuación cuántica, como defienden muchos teóricos. En nuestro cuerpo encontramos los mismos quarks que componen toda la realidad energético-material existente y responde a las mismas leyes físicas. Tenemos una inteligencia que, aunque superior, podemos compartir con algunos otros animales. Pero tenemos además una dimensión espiritual que es exclusivamente nuestra. Un diálogo, unitario y perfectísimo, entre la

herencia universal compartida con el resto de la naturaleza, especialmente con los animales, y el espíritu constituyente de la persona humana. Una unidad relacional desde el cigoto a la muerte natural que hace a cada ser humano único e irrepetible. Siguiendo a numerosos autores, especialmente a Lersch (1966), Frankl (1999), Quoist (1999), Stein (2003) y Encinas (2007) podemos comprender al hombre como un ser cuyo núcleo existencial está compuesto por la presencia relacional e íntima de tres estratos o estructuras:

- Un estrato inferior representado por el cuerpo material, caracterizado por reacciones físico-químicas, resultado de la evolución del cosmos. Constituye el llamado fondo vital, que compartimos con todos los organismos desde que apareció la vida. Representado por nuestro cuerpo, reacciona con el mundo exterior intercambiando materia y energía puesto que no somos un sistema aislado ni cerrado. Está sometido al tiempo y al espacio y se puede estudiar experimentalmente. Nuestro cerebro maravilloso, como soporte material de nuestra inteligencia y parte integrante de nuestro cuerpo, forma parte de este estrato junto a los demás órganos.
- El estrato intermedio está representado por la mente inmaterial, algo todavía mal conocido, porque, si bien las nuevas técnicas de estudio de las reacciones cerebrales permite cartografiar las zonas activadas en función de las emociones sentidas, realmente lo que se ve en esos estudios es la zona cerebral implicada en dichas funciones mentales pero no el cómo se producen esas funciones. Nadie se ha topado con la mente cuando se abre un cerebro. Esta estructura de la persona está sometida al tiempo pero no al espacio aunque haya quien la describa como la manifestación de los procesos cerebrales (descripción todavía no comprobada). Se caracteriza por ser única e irrepetible y, dada su naturaleza inmaterial, por no poder someterse al método científico-experimental. Hablar de la mente es hablar de procesos psíquicos, es hablar de inteligencia (no reflexiva), es hablar de fondo anímico, es hablar de deseos, de emociones y de sentimientos. Es el estrato responsable de las reacciones mentales a los estímulos que recibimos del mundo exterior o de nuestro propio organismo a través de los sentidos, estímulos no controlables desde la propia mente, como demuestra el mundo animal evolucionado (antropoides); es hablar de instintos y es hablar de afectividad y de sensibilidad.
- La tercera estructura, o estrato superior, está representado por el espíritu y sólo se manifiesta en *Homo sapiens*. A él corresponden las funciones del “yo” y es el núcleo central de la persona humana. A este estrato se debe la conciencia reflexiva y no está sometido ni al espacio ni al

tiempo, los trasciende. Tampoco al empirismo. Es nuestro principio de acción ya que se encarga de la gobernabilidad de nuestro cuerpo y de nuestra mente, y a través de ellos coordina los estímulos recibidos del exterior y de nuestro interior. Necesita de las otras dos estructuras para recibir la información del mundo pero la respuesta pasa por el entendimiento y la voluntad, no es una respuesta automática, a veces requiere incluso la negación de sí mismo y el consecuente esfuerzo y sacrificio para canalizar esa respuesta tanto a nivel consciente como inconsciente. Equivaldría al núcleo de acción de la persona de Wojtyła (1977). “Sin lo espiritual y su extensión básica, no puede existir la plenitud” (Frankl, 1999).

Y, según este autor también existe un “inconsciente espiritual”, un estado con capacidad decisoria, no innato ni colectivo, que no se transmite por herencia biológica sino por símbolos propios del mundo en que se nace. Constituye la base de la espiritualidad humana y de la religiosidad (“inconsciente trascendente”) y orienta a la persona hacia el amor agápico pues, aun inconsciente, implica una decisión personal. Constituye el centro capaz de tomar la decisión de hacer o no hacer, de amar o no amar, en el sentido de desear el bien del otro en cuanto otro. A través de este núcleo personal se distingue el amor verdadero de un simple sentimiento o deseo, como un acto de entendimiento y voluntad, libre y total, de la persona entera: se ama al mismo tiempo con el cuerpo, la mente y el espíritu, de forma inseparable. El amor implica a la totalidad de la persona. Por tanto, el hombre, todo hombre, es una persona a lo largo de toda su existencia, desde el primer instante al último. Por eso es un fin en sí mismo y nunca puede ser un medio. Porque el hombre es un ser libre que no sólo no está sometido a sus instintos sino que puede dominarlos. La educación consiste precisamente en afirmar la persona, en que a lo largo de su vida se desarrolle integralmente. La *ideología de género*, al negar que seamos de determinada manera y al abocarnos a los impulsos sexuales irracionales, cercena a la persona y no le permite desarrollar su núcleo espiritual, por lo que una educación que asuma la ideología de género es una educación castrante que deja al ser humano a merced de sus instintos, emociones y deseos, le priva de la verdadera libertad. Y sin un tamiz moral que los filtre y los canalice, se deja sin desarrollar la posibilidad de amar. Es una ideología que animaliza y que cosifica al hombre.

Los animales, al carecer de núcleo espiritual, están determinados ciegamente a sus impulsos natos sin poder evitarlo; no saben que tienen que morir, aunque por instinto eviten la muerte ya que el primer y más básico instinto es el de supervivencia. Los hombres sabemos que vamos a morir, y esta certeza ante lo inevitable causa dolor y pena, tanto para sí como para otros. Sólo una concepción depravada y utilitarista del hombre puede conducir a causar la muerte

de otros seres, legislarla e incluso regocijarnos ante el sufrimiento ajeno. Y lo que es peor, reducir al hombre a pura animalidad privándole de desarrollar lo que es específicamente humano, su estrato superior, mediante la represión de la expresión del inconsciente espiritual, fuente de neurosis, y del verdadero amor en su trato con los demás. Por eso, en el proceso educativo de una persona hay que desarrollar plenamente cuerpo, mente y espíritu, y hay que educar tanto para la vida como para la muerte. Se me vienen a la mente esas imágenes, tan bien recreadas en la literatura y en el cine, del circo romano: la muerte como distracción, muertes horribles, por cierto; como se me viene a la mente el boxeo, un deporte olímpico que puede ocasionar la muerte o incapacidad de los luchadores a base de darse-recibir golpes. O la esclavitud, la posesión en propiedad de otro hombre, al que si quiero puedo matar o exponer para que muera. Y hablando de esclavitud, todavía me queda exponer, desde el punto de vista científico, un dato más para completar nuestra concepción antropológica antes de abordar otras cuestiones de la cultura muerte. Según la genética moderna, todos los hombres somos iguales, prácticamente tenemos el mismo ADN, y descendemos de una mujer negra que vivió en África alrededor de hace 150.000 años. Es decir, a pesar de nuestro aspecto, somos todos negros, algo que hubiera sorprendido y contrariado enormemente a Darwin. No tiene sentido hablar de razas humanas, es un concepto artificial creado muy modernamente para justificar la esclavitud, la opresión de nuestros semejantes e incluso el exterminio de unos pueblos por otros, por considerarlos inferiores. Y es que cuando el hombre quiere cosificar al hombre lo clasifica en grados que van de mayor a menor, lo degrada y reduce, lo deshumaniza.

A lo largo de este artículo, al comentar la institucionalización de la muerte he puesto varios ejemplos del pasado. Pues bien, en este horror no hay equivalente, por muy perversa que estuvieran aquellas sociedades en sus peores momentos, a Cartago. La sociedad cartaginesa parece que estuvo seducida por la muerte, ni siquiera los propios hijos estaban a salvo porque los primogénitos eran inmolados a los dioses nada más nacer. La sangre corría por sus templos y sus calles en unas orgías de sangre inimaginables para nosotros. Y sin embargo, solo la sociedad de hoy, aunque de forma más desapercibida (más “civilizada”, como se dice en el argot “progresista” donde todo es posible si se hace de forma “civilizada”) es comparable a Cartago, porque también inmola a sus “dioses” a los propio hijos. Nos horrorizamos con el recuerdo de culturas como la azteca o la cartaginense pero las orgías de sangre están sucediendo continuamente en los miles de abortorios de todo el mundo. Y hoy como ayer, especialmente a la Pacha-Mama, a la Madre-Tierra, se le debe sacrificar todo: los hijos, la familia, la propia naturaleza humana, y hasta nosotros mismos si es preciso. Al Gore (1992) nos habla de cierto árbol apreciado por sus cualidades anticancerígenas

sobre el que, aun reconociendo lo interesante de este hecho, hay que reflexionar ya que para curar a un solo hombre ¡hay que cortar tres árboles! Me pregunto ¿vale más la vida de un árbol, que puede replantarse, a la de un hombre?, parece que en la nueva “religión” de la naturaleza sí, y, ¡esto sí que debemos reflexionarlo! Se puede y se debe intentar conservar la belleza del planeta y sus recursos naturales para legarlo a las generaciones futuras, pero no a expensas del sufrimiento, del dolor y de la muerte de los más indefensos. El verdadero desarrollo sostenible o es desarrollo humano, desarrollo en humanidad, o no es, y esto pasa por un “SÍ” a la vida. No se puede entender que el desarrollo sostenible vaya unido a la idea de acabar con la pobreza acabando con los pobres.

V. ENTRE LA CULTURA DE LA MUERTE Y LA CULTURA DE LA VIDA: LA REALIDAD DEL “SER HOMBRE”

Acabamos de ver lo que es “ser hombre”, la realidad de *Homo sapiens*, una realidad que ya intuían las culturas primitivas, como se deduce de la dignidad de los primeros enterramientos, y como se ha comprobado mediante el estudio de aquellos pueblos que han llegado hasta nuestros días lejos de toda contaminación proveniente del cruce con otras culturas “más desarrolladas”. Una realidad antropológica vinculada al misterio de la muerte que, bien entendida, se ha convertido en cultura de la vida: la muerte reafirmaba el valor de la vida, de toda vida humana, como ya hemos comentado. Sin embargo, con el tiempo, desde el Paleolítico hasta hoy, se ha ido olvidando la realidad-verdad del hombre, de este ser que es “algo más” que un mero animal, porque así convenía a egoístas intereses, y porque una antropología errónea, deliberadamente o no, ha dado pie a una cultura de la muerte perversa, cargada de dolor, sufrimiento y más muerte. Vemos así, en el curso de la historia, que, por egoísmo o/y por pérdida de conciencia de la realidad humana, surge la necesidad de cosificar al hombre para poderlo manipular hasta su exterminio sin escandalizarnos de nuestras acciones.

Un recurso muy extendido en todas las culturas, para estos fines bastardos, ha sido, y es, la de establecer categorías humanas, de tal manera que las categorías superiores pueden usar y abusar de las inferiores. Recordemos el sistema de castas de la India. Así, en muchos pueblos se ha negado la existencia de alma a las mujeres. Otras veces, el abuso se ejercía sobre los pueblos conquistados, que pasaban a ser objetos de propiedad, esclavos, sin ningún valor humano. Otras la depreciación como persona recaía en los débiles, enfermos, ancianos y niños. Situaciones lamentables que obedecían al hecho de negar su humanidad, el ser persona, a algún miembro de la sociedad. Y es que el clasificar objetos es

algo muy típicamente humano, y de esas clasificaciones no se ha escapado ni el propio hombre: guapos-feos, altos bajos, gordos-delgados, ricos-pobres, listos-torpes, blancos-negros y de otros colores... hasta el extremo de que el propio Darwin (1871) en su *Origen del Hombre* habló de la supremacía de la “raza caucásica” sobre todas las demás y de la necesidad de que esta “raza” fuera reemplazando a los pueblos primitivos de todo el mundo en una clara apología de eugenesia. Pues bien, parecía que con la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (1948), al menos en el llamado “mundo civilizado”, estas ideas estaban superadas, que estaba asumido que todos los hombres somos iguales, como ha demostrado la ciencia, y que esta certeza había que llevarla a todos los pueblos y naciones para evitar todo tipo de explotación humana. La realidad es muy distinta, no se ha conseguido tan noble ideal, pero incluso en donde se supone que reinan las más altas cotas de conocimiento de la humanidad. Valga como muestra un botón: En cierta ocasión asistí a una conferencia sobre “Valores para la esperanza”, durante el coloquio final alguien, que se presentó como profesor de *Ética y Educación para la Ciudadanía*, le recordó al ponente que “hay individuos, personas y ciudadanos”, para referirse, en clara alusión, a los seres humanos. Oírlo me produjo tristeza, pero sobre todo me produjo pavor ya que toda clasificación de los seres humanos siempre ha ido acompañada de dolor, como en la ideología nazi, de triste memoria. Cuando a un ser humano no se le considera persona se le cosifica. Por ejemplo: Según los nativos, las mujeres de Papua-Nueva Guinea no tienen alma, por eso se mantienen apartadas de los varones, que sólo las requieren para procrear. El cerdo es animal sagrado y las mujeres tienen ¡hasta la obligación de amantarlos! Cuando un hombre o un cerdo, de cualquier edad, muere, la culpa es de la mujer que no lo ha sabido cuidar bien y como castigo ha de perder una falange de los dedos de las manos, que salvajemente amputan con piedras afiladas. Hay niñas de diez años a las que ¡sólo les queda un muñón al final del brazo! También sabemos que hasta fechas muy recientes, en nuestra “adelantada” civilización se consideraba que los esclavos negros no tenían alma, y que, por tanto, se podía cometer con ellos todo tipo de tropelías, que su vida no importaba. Los ingleses, al llegar a Australia, consideraron animales a los aborígenes y los cazaban como a canguros. Esta mentalidad sajona, caracterizada por el utilitarismo y el concepto de raza superior, ha quedado puesta de manifiesto en varias fotografías de cazadores posando junto a la pieza abatida, en algunos casos indios yaganes (pacíficos habitantes de la Tierra del Fuego, ya extinguidos, entre otras cosas por las influencias de Charles Darwin. El llamado “padre de la evolución”, que los conoció y trató durante su periplo del *Beagle* alrededor de Sudamérica, afirmó en 1871 que eran “seres intermedios entre los animales y la verdadera especie humana” por no participar de su propia mentalidad). De la misma manera, hoy,

nos empeñamos en afirmar, contra toda evidencia científica, por pura ideología, que los embriones no son seres humanos sino un amasijo de células sin programa de desarrollo, ¡vamos, una especie de tumor!, y por ello los congelamos, los sometemos a experimentación, los vendemos-compramos, son materia prima de diversas industrias, etc. O que ciertos niños, enfermos y ancianos son menos que animales, como defiende, entre otros, Peter Singer (1998), autor del *Proyecto Gran Simio*, por lo que los podemos eliminar.

Pero este profesor que he citado más arriba, en su intervención, llegó más lejos, al dar a entender que la máxima categoría de su clasificación corresponde al “ciudadano”, ¡por delante de las personas!, al que definió como “el que cumple normas”. Me acordé de aquel refrán que dice que a veces “las ramas no nos dejan ver el bosque”, ¡tan metido se queda uno dentro de su propio mundo que desconoce lo que ocurre a su alrededor! (es uno de los problemas de tanta especialización como se propone hoy día), ¡tan obsesionados estamos con la “ciudadanía” que creemos que la condición de ciudadano es la principal a la que podemos aspirar y que si no la alcanzamos nada valemos! Y, desgraciadamente, también dijo “que hay individuos que aunque son seres humanos no son personas”, y no se refería, obviamente, a los embriones humanos, que ni siquiera merecen para muchos la calificación de individuos. Pero, si “ciudadano es el que cumple normas”, la realidad nos enseña que todas las personas cumplimos normas, actuamos por algo o por alguien, que no hay cultura humana sin normas; que ¡hasta los animales siguen normas!, las de sus instintos; y que la Tierra, en su girar alrededor del Sol, sigue la norma de la gravitación universal. Todo en el universo está sometido a normas: a las leyes del propio universo. Por eso el hombre también debiera responder a las normas inscritas en el propio hombre, que le hablan de la realidad de su ser hombre, a la ley natural. Las normas ciudadanas sirven para regular el tráfico, o para tipificar delitos, pero nunca para clasificar a los seres humanos. No me cansaré de insistir en que “si todo ser humano es una persona”, todo *Homo sapiens*, indistintamente de su aspecto físico, edad, estadio de desarrollo, plenitud de facultades, cultura o raza o religión lo es. ¡Todos! Anteponer el término ciudadano al de persona, es anteponer los derechos civiles emanados de un régimen político cualquiera sobre los verdaderos derechos humanos, es subordinar la verdad del hombre a la ideología.

La “ciudadanía” (D.E. Espasa-Calpe) es “vínculo político y jurídico-positivo que entraña deberes y derechos conforme a las leyes vigentes [...] Esto significa que la ciudadanía se otorga, se gana y se pierde”, que incluso puede asfixiar y anular a la persona. Y así ha ocurrido en múltiples ocasiones a lo largo de la historia de la humanidad tanto en regímenes totalitarios (China) como de castas (India). Por ejemplo: En la antigua Roma, para ser “ciudadano” había que ser “libre”, y para ser *paterfamiliae* había que ser “ciudadano”. Es

decir, las personas estaban clasificadas en esclavos y libres, ciudadanos y no ciudadanos, y, a pesar del *Derecho Romano*, hubo mucho sufrimiento dolor y muerte, como todos sabemos. Cuando olvidamos, voluntaria o inconscientemente, que todos somos personas iguales en derecho y en dignidad, al margen de lo que puedan decir las leyes, nos olvidamos también de la Justicia verdadera: ¡cuántos atropellos hemos cometido siempre en nombre de la legalidad! Y es que como muy bien sabemos, lo legal no es moral, aunque seamos los mejores ciudadanos. Contaba Víctor Frankl (1979) en sus memorias sobre el genocidio nazi, acerca “del doctor J. Es el único hombre que he encontrado en toda mi vida a quien me atrevería a calificar de mefistofélico, un ser diabólico. En aquel tiempo solía denominársele “el asesino de masas de Steinhof”, nombre del gran manicomio de Viena. Cuando los nazis iniciaron su programa de eutanasia, tuvo en su mano todos los resortes y fue tan fanático en la tarea que se le asignó, que hizo todo lo posible para que no se escapara ningún psicótico de ir a la cámara de gas. Acabada la guerra, cuando regresé a Viena, pregunté lo que había sido del Dr.J. “Los rusos lo mantenían preso en una de las celdas de reclusión de Steinhof”, me dijeron. “Pero un día la puerta de la prisión se abrió y no se volvió a saber nada del Dr.J.” Posteriormente, me convencí de que, como a muchos otros, sus camaradas le habían ayudado a escapar y estaría camino de Sudamérica. Más recientemente, sin embargo, vino a mi consulta un austríaco que anteriormente había sido diplomático y que había estado preso tras el Telón de Acero muchos años, primero en Siberia y después en la famosa prisión de Lubianka en Moscú. Mientras yo hacía su examen neurológico, me preguntó, de pronto, si conocía al Dr. J. Al contestarle que sí, me replicó: “Le conocí en Lubianka. Allí murió, a los cuarenta años de cáncer de vejiga. Era el mejor compañero que pueda imaginarse. A todos consolaba. Mantenía la más alta moral concebible. El mejor amigo que yo encontré en mis largos años de prisión”. Durante su penosa enfermedad, en aquél infierno, se comportó como un héroe privándose de bebida y comida para que vivieran otros compañeros, alentándolos, desviviéndose por ellos. Murió como un santo. Esta disparidad aparente de comportamientos nos dice a donde puede llegar el adoctrinamiento y la legalidad, la norma de un estado, cómo anula la conciencia, cómo nos permite vejar a seres humanos por considerarlos inferiores mientras somos, al mismo tiempo, capaces de dar la vida por nuestros iguales. Y esta clasificación de “seres humanos de primera, de segunda y de tercera” aboca a leyes como la implantada en España, julio de 2007, de Investigación Biomédica, que permite la experimentación no sólo con embriones sino con menores, deficientes e inconscientes, basta con que sea de interés para terceros, aunque no salve la vida de la persona sobre la que se experimenta (artículos 20 y 21). La historia se repite. La esclavitud, la muerte, la guerra, la tortura, las mutilaciones, los

sacrificios humanos, etc. son tan viejos como el hombre, y la mayoría de las veces se han realizado dentro de un marco de legalidad. Por ejemplo: la *Ley del Talión* es un cúmulo legal de mutilaciones: permitía cortar manos, sacar ojos, o matar para compensar delitos cometidos. Todavía hoy se aplican sentencias parecidas en ciertos lugares del mundo. La pena de muerte sigue implantada en muchos países. Bajo la legalidad se perpetraron los genocidios turco, nazi, soviético, chino, camboyano... en el último siglo. Bajo la legalidad en los antiguos pueblos de todo el mundo se han realizado sacrificios humanos, rituales caníbales, etc., especialmente en la América precolombina: aztecas (miles en una sola noche), guaraníes... pero también en África, entre los apacibles polinesios y entre los cultos pueblos del Mediterráneo. Y totalmente legal, todavía hoy, es la lapidación de mujeres consideradas adúlteras en el mundo islámico, o la condena a muerte por la condición de homosexual; como legal es la ablación de clítoris. El peligro de primar la ciudadanía, y la norma, como ha demostrado la historia, es que ésta se puede instaurar sobre el orgullo de clase, raza, sexo o religión; bajo la égida de una ideología política totalitarista, de una ecología radical y de una economía devoradora. Y si la ley es lo primero, hemos de temer que bajo esas leyes determinadas personas corran peligro de perder lo más valioso que tienen: la vida. La Ley Orgánica de Educación (LOE) implantada en España, ha hecho de la *Educación para la Ciudadanía* su asignatura estrella para adoctrinar, así lo admite el propio Gobierno. Algunos manuales de esta asignatura dejan traslucir la no igualdad de todos los seres humanos, niegan la condición humana al embrión de *Homo sapiens*, y reducen al hombre bajo una perspectiva utilitarista, como se lee en el de la Editorial Bruño (p. 23) que, entre otras perlas, dice “La sociedad moderna no tiene lugar para los ancianos, los cuales tienden a formar grupos en calles, parques y paseos que adquieren los caracteres de verdaderas subculturas”.

Volviendo al caso del profesor mencionado, cuya forma de pensar está casi institucionalizada, el hecho de que adujere la existencia de “individuos humanos que no son personas”, me recuerda amargamente a los considerados como esclavos en la antigüedad, a que las personas tienen valor de mercado, y que una vez que son mías puedo hacer con ellas lo que se me antoje, incluso eliminarlas si no son útiles y no producen, arrojarlas a la basura, o matarlas por placer. Tal vez nuestra sociedad, “moderna y adelantada”, haya superado la esclavitud de raza (tengo mis dudas), pero hoy hay otras esclavitudes que pasan más o menos desapercibidas y son igual de terribles. Como ya he dicho, la de los embriones: se venden y se compran, se les somete a todo tipo de experimentos, mutilaciones y torturas, se usan en la industria para preparar medicinas, cosméticos y otras sustancias, e incluso como alimento, se almacenan en congeladores, son ratoncillos de indias, y se pueden matar impunemente.

Y... es que los embriones no gritan, no hacen huelgas, no se manifiestan, y, lo más importante, no votan. A los políticos no les interesan los embriones, los *nasciturus*, su permanencia en el poder no depende de ellos; por eso hasta se atreven de denominar “fundamentalista” a aquél que defiende los derechos del niño-embrión. Nietzsche no sólo se atrevió a matar a Dios, sino también al hombre. El clasificarlos en débiles y fuertes llevó aparejado un darwinismo social cuyos frutos son todos los genocidios del siglo XX, con los que todos nos hemos escandalizado y horrorizado. Nietzsche, el “genio” al que debemos tantos males, en realidad fue un pobre desgraciado que acabó loco. Tuvo la suerte de que no le aplicaran en su fase terminal sus propias ideas. Hoy no habría tenido tanta suerte, pero sus hipótesis han quedado y han dado pie a legislaciones que permiten matar a toda persona que no es útil ni productiva. Sólo así se explican los nuevos genocidios: los millones de niños abortados. Los miles de embriones congelados. Los cientos de enfermos y ancianos de Holanda y Bélgica abocados a morir por el mero hecho de serlo. Las esterilizaciones masivas en América, Asia y África.

Si aceptamos esta ideología, que niega a ciertos seres humanos el ser persona y que antepone el término ciudadano, no tiene nada de particular que sea inculcada a través de los medios de masas, para que vaya siendo aceptada, o a través del sistema educativo, para acostumbrar a ella al niño desde su más tierna infancia. Una vez que ha sido asumida esta idea salta al sistema legal como forma de institucionalizar lo que se dice es “demanda social” (siempre de muy contadas minorías), y se impone a todos los ciudadanos. Así han surgido leyes que protegen y fomentan el asesinato de personas a través de la anticoncepción, el aborto, la reproducción humana asistida, la investigación biomédica... a las que se sumará dentro de poco, en nuestro país, la de la eutanasia. E incluso podemos decir que el infanticidio, porque en cierta manera está legalizado allí donde no hay plazos para la ley del aborto, o si está rebajada la edad para poder aplicar-recibir la eutanasia, como en Holanda. Leyes atroces por lo que permiten: experimentación con menores, deficientes e inconscientes; obtención de híbridos hombre-animal; niños-medicamento; selección eugenésica (ya no nacen niños con síndrome de Down en Andalucía); clonación humana, y un largo etcétera (Encinas, 2008).

El hombre es capaz tanto de lo peor como de lo mejor, aunque le cueste la vida. Recordemos el ejemplo de Maximilian Kolbe, que se ofreció voluntariamente para morir en lugar de otro preso en Auschwitz, para que éste preservara la vida y pudiera mantener a su numerosa familia. Y es capaz incluso de arriesgarse cuando la legalidad es inmoralidad e injusticia. El ángel del Ghetto de Varsovia, Irena Sendler, arriesgó su vida salvando a miles de niños judíos de las garras del exterminio nazi arrojando prisión, torturas y el campo de con-

centración. Como decía Lord Acton en 1895 (in Glover, 1999): “Las opiniones cambian, las costumbres mudan, los credos surgen y caen, pero la ley moral está inscrita en las tablillas de la eternidad”. Como sabemos, el hombre conoce el bien y el mal y elige. Es un ser libre dotado de entendimiento y voluntad, un ser responsable. Y la responsabilidad y el conocimiento consciente hacen del hombre un ser moral, un ser que responde a ley moral que de forma natural está inscrita en su corazón. Cuando el hombre la escucha la humanidad avanza hacia un mundo más justo y fraternal. Cuando se oscurece o se anula la Verdad, la propia humanidad se oscurece e incluso se anula. Por eso la marcha de la humanidad es una marcha de luces y sombras, de humanidad e inhumanidad, de vida y de muerte, de libertad para lo mejor y para lo más horripilante que imaginemos. Se me viene a la mente un grabado de Goya en el que aparece la frase: “el sueño de la razón produce monstruos”. La Ilustración produjo monstruos que despertaron con la Revolución Francesa en una orgía de sangre cuyo culmen han sido todos los genocidios del siglo XX, que van camino de multiplicarse en este nuevo milenio, siempre bajo el viso de la legalidad.

La historia nos dice que institucionalizar una cultura de la muerte perversa no provoca más progreso, por el contrario resta humanidad. Educar a nuestros hijos en una cultura de la muerte perversa puede que haga que dentro de unos años Hiroshima parezca una travesura infantil. Dijo Viktor Frankl en una conferencia (Valverde, 1996): “Créanme Vds., el horror que hemos vivido [refiriéndose a la Segunda Guerra Mundial y a los campos de exterminio] no se gestó en los cuarteles ni en los consejos de ministros sino en las aulas de nuestros colegios y universidades, en las clases de *Filosofía y Ética*”. Podemos vencer al mal, basta con que nos lo propongamos, con que ejerzamos nuestros derechos. Después de todo, ha habido sociedades que hasta hoy han primado el altruismo, como he señalado más arriba, que no han practicado la guerra y en las que al hombre se le valora en el vientre de su madre y hasta después de muerto, los hijos son una bendición, los ancianos fuente de sabiduría, la familia el mayor bien... en los pigmeos, en los aborígenes... A pesar de lo dicho la luz siempre se ha abierto paso entre las tinieblas: La *Ley del Talión*, que exigía el “ojo por ojo y diente por diente”, con todo el horror que hoy nos produzca esto, fue un gran paso adelante al limitar la venganza a la cuantía de la ofensa. Antes, por sacar un ojo a una persona, se podía matar impunemente al autor del delito, e incluso a toda su inocente familia. El *Código de Hammurabi* se preocupó hace casi cuarenta siglos de proteger a la viuda, al huérfano y al forastero. Y la razón griega, el derecho romano, el fuero godo... permitieron avanzar en la aplicación de sentencias cada vez más justas. Códigos jurídicos que, aunque imperfectos, han ido permitiendo el paso sucesivo hacia una humanidad cada vez más justa y más humana, en la que se valoraba más al hombre y se respetaba más su vida.

La *Declaración Universal de los Derechos Humanos* auspiciada por la ONU (1948), y aceptada por casi todas las naciones, ha sido el paso último por el que de nuevo la vida de *Homo sapiens* vuelve a ser sacralizada (artículo 3). No demos marcha atrás con los llamados *Nuevos Derechos Humanos Emergentes*, de consenso, no cerrados, relativistas, en los que una antropología perversa, basada en el egoísmo y en el utilitarismo, emerge llenando de dolor, sufrimiento y muerte al ser humano. A falta de algo mejor que nos permita avanzar en humanidad y vida defendamos la *Declaración Universal* de 1948.

También las religiones han defendido determinados códigos morales en beneficio de la humanidad, incluso las más primitivas. Por ejemplo, los fueguines yagamanes los basaban en la protección mutua. Las grandes religiones de todos los tiempos y lugares han insistido particularmente en la protección del más débil. Pero el *Decálogo de Moisés*, que las religiones judeo-cristianas consideran rebelado directamente por Dios, es la más perfecta institucionalización de la ley natural, el más perfecto código moral jamás escrito. En él se especifica claramente como precepto “no matarás”, sin excepción de ningún tipo. Promovámoslo, enseñémoslo de nuevo a nuestros hijos, no consintamos que desaparezca, que sea sustituido por la *Carta de la Tierra*⁶, como pretende Gorbachov "mi esperanza es que esta Carta se convierta en un nuevo Decálogo, en una especie de 'Sermón de la Montaña' que proporcione una guía para el comportamiento de los seres humanos" (Los Angeles Times, 8 de mayo de 1997). Ni olvidemos tampoco que en la *Biblia* también se encuentra la más bella definición de hombre, “imagen de Dios”: de un Dios que es Amor y que todo lo hace bueno, como relata el *Génesis*, un hombre que es varón y mujer y de cuya relación amorosa nace toda la humanidad. No en vano, cuando ese Dios se hace hombre lo hace enarbolando la bandera del más grande amor: ama a tu prójimo, ama a tu enemigo, pon la otra mejilla, perdona siempre, da la vida por los demás... y se define a Sí mismo como Dios de Vida. Es el Dios vivo que ha vencido a la muerte y viene a dar vida eterna.

6 Según sus autores “La Carta de la Tierra es una declaración de principios fundamentales [...] para crear una sociedad global [porque] se necesitan cambios con respecto a cómo pensamos y cómo vivimos [...] y para que acojamos una nueva visión ética [...] resultado de un proceso conversacional intercultural. [...] Es una herramienta educativa [...] marco de valores [...] para elaborar códigos de conducta [...] e instrumento de ley blanda que provea de una base ética en el desarrollo de leyes [...] para evaluar el progreso [...]”. En el preámbulo declara que “La humanidad es parte de un vasto universo evolutivo”, que la Tierra “está viva”, que “un aumento sin precedentes de la población humana ha sobrecargado los sistemas ecológicos y sociales [y] los fundamentos de la seguridad global están amenazados [...] formar una sociedad global para cuidar la Tierra [...] necesita cambios fundamentales en nuestros valores, instituciones y formas de vida. Por eso entre sus principios está “fomentar la salud reproductiva y la reproducción responsable” (8.e) eufemismo de aborto y anticoncepción; o “Afirmar la igualdad y equidad de género como prerequisites para el desarrollo sostenible” (11).

VI. CONCLUSIONES

1.—El conocimiento de la certeza de la muerte es una cualidad específica y exclusivamente humana. Ningún animal, por inteligente que sea sabe que va a morir. Ni siquiera lo supieron los homínidos, como se deduce del estudio de sus yacimientos.

2.—Este hecho ha quedado fosilizado tan perfectamente que es el que nos demuestra si estamos ante un comportamiento verdaderamente humano o no cuando estudiamos un yacimiento homínido. La muerte está ligada al nacimiento de la religión y del arte, a un sentido de trascendencia y al concepto de dignidad humana, que se extendía desde el anciano al feto, como muestran muchas sepulturas paleolíticas.

3.—La certeza e inevitabilidad de la muerte provoca en el hombre angustia, dolor y pena, y rebeldía cuando no se asume. Sólo recientemente, en la sociedad occidental atea y materialista, el hombre está dejando de pensar en el más allá y en la posibilidad de un premio o castigo a sus acciones terrenas, lo que está redundando en una pérdida de dignidad humana para determinadas personas y en la prevalecencia de un sentido utilitarista frente a la vida.

4.—La cultura de la muerte es tan vieja como el hombre. Recoge todos los ritos funerarios en torno al cadáver, al reconocer en él a la persona viva que fue con toda su dignidad. También se centra en las personas supervivientes puesto que de alguna manera vivimos la propia muerte a través de la muerte de los demás. Y en una serie de actos y creencias tendentes a contrarrestarla para alcanzar la inmortalidad.

5.—A pesar de ser un proceso natural del que no escapa ningún organismo, ni el planeta ni el universo, una cuestión de entropía, muchos pueblos y culturas tiene dificultades para aceptar la muerte, buscan culpables de la misma y caen en una cultura de la muerte perversa, cargada de supersticiones, que causa más daño y sufrimiento, aún, más muerte.

6.—La religión y los códigos civiles de justicia han tratado a través de las diferentes épocas de defender a los más débiles y de ir suprimiendo determinados rituales que causaban más muerte, sufrimiento y dolor.

7.—La evolución religiosa de la concepción de la divinidad ha ido desde el monoteísmo y la moral natural a un politeísmo que, en el paganismo demoníaco, exige sangre humana. Hoy, con una sociedad atea declarada, se practica un politeísmo mefistofélico en el que el sexo, el poder, el dinero, el lujo, las marcas, el cuerpo joven, etc., son los nuevos dioses paganos, plenos de pasiones incontroladas, que exigen sacrificios humanos junto a una diosa muy antigua, la Madre-Tierra.

8.—Una antropología clara que defienda la verdad del hombre evitaría caer en una cultura de la muerte perversa. Reconocer que el hombre es “algo más” que un mero animal, desde el cigoto a la muerte natural e indistintamente de su estadio de desarrollo, como nos demuestra la ciencia actual, redundaría en una cultura de la vida, necesaria para que *Homo sapiens* avance en humanidad.

9.—Igualmente, una educación cuyo objetivo general y fundamental sea el desarrollo integral de la persona humana, cuerpo-mente-espíritu, no castradora, con atención especial al inconsciente espiritual y religioso que conduce al verdadero amor agápico, para no reprimirlo, es totalmente necesaria para evitar una cultura de la muerte perversa.

BIBLOGRAFIA

- ARIES, P. (1999). *El hombre ante la muerte*, Taurus, Madrid.
- BIBLIA DE JERUSALÉN (1998). Desclée de Brouver, Bilbao.
- BICKERTON, D. (2005). “Del protolenguaje al lenguaje” (in: T.J. CROW, ed.: *La especiación de Homo sapiens moderno*), Triacastela, Madrid.
- CHESTERTON, G.K. (2007). *El hombre eterno*, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- CONGRESO DE LOS DIPUTADOS (2006). *Ley 121/000104 de Investigación Biomédica*, Boletín Oficial de las Cortes Generales de 22 de septiembre, nº 104-1.
- DARWIN, C. (1871).- *"The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex"*. Versión española: "El Origen del Hombre" (2t.). Edimat Libros. Madrid. 2006.
- ENCINAS GUZMÁN, M. R. (2007). “Evolución humana, educación y familia”, *Carthaginensia*, 44, 331-358.
- (2008). “Manipulación y cosificación del hombre: ¿qué se esconde tras la Ley de reproducción asistida y la Ley de investigación biomédica?”, *Cauriensia*, 3, pp. 335-372, Universidad de Extremadura.
- FRANKL, V. (1979).- *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona.
- (1999).- *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*. Paidós, Barcelona.
- GORE, A. (1992).- *Earth on the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Houghton Mifflin, Boston.
- GLOVER, J. (2001).- *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*, Cátedra, Madrid.
- HUXLEY, A. (1931).- *Un Mundo Feliz*. (traducción de la 2ª Ed. de 1946), Plaza y Janés, Barcelona, 1969.
- JEGALIAN, K. & LAHN, B.T. (2004). “El cromosoma de la masculinidad”, *Investigación y ciencia*, Temas **38**, 84-89.
- LANGANEY, A. et als. (1999).- *La historia más bella del hombre. Cómo la Tierra se hizo humana*, Anagrama, Barcelona.
- LE PICHON (2000). *Las raíces del hombre. De la muerte al amor*, Sal Terrae, Santander.

- LERCH, P. (1966). *Estructura de la personalidad*, Scientia, Barcelona.
- LEY ÓRGANICA 2/2006 de 3 de mayo DE EDUCACIÓN. *Boletín Oficial de Estado (BOE) n° 106 de 4 de mayo de 2006*.
- LEY 14/2005 de 26 de mayo SOBRE TÉCNICAS DE REPRODUCCIÓN HUMANA ASISTIDA. *Boletín Oficial de Estado (BOE) n° 126 de 27 de mayo de 2006*.
- MALATERRE, J. (2002). *La Odisea de la Especie*, Divisa Home Video, USA.
- MALTHUS, T. R. (1798) *An Essay on the Principle of Population*. Ensayo sobre el principio de la población. Editorial Claridad. 1997
- MORA, F. (2001). *El reloj de la sabiduría. Tiempos y espacios en el cerebro humano*. Alianza Ed. Madrid.
- MORIN, E. (1999). *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona.
- MUNFORD, S. D. *The Live and Death of NSSM 200: How the Destruction of Political Will Doomed a U.S. Population Policy*, <http://www.population-security.org/11CH3.html>
- ORSCHIEDT, J. (2008). “Neu Ergebnisse sur Frage von Kanibalismus beim neandertales”, *Quartär*, 55, 63-61.
- QUOIST, M. (1999). *Construir al Hombre*, Sígueme, Salamanca
- SECRETARÍA INTERNACIONAL DE LA CARTA DE LA TIERRA, c/o Consejo de la Tierra, <http://www.earthcarter.org>
- SINGER, P. & CAVALIERI, P., coord. (1998). *El Proyecto Gran Simio: La igualdad más allá de la humanidad*, Trotta, Madrid.
- STEIN, E. (2003). *La estructura de la personalidad*, B.A.C., Madrid
- UNESCO. *Década de las Naciones Unidas de la Educación con miras al Desarrollo Sostenible*, www.unesco
- THE HUMAN GENOME SEQUENCING CONSORTIUM (2001). “Initial sequencing and analysis of the human genome”. *Nature* 409: 860-921.
- VALVERDE, C. (1996). *Génesis y estructura de la modernidad*, IX, B.A.C., Madrid.
- VILLEGAS GUILLÉN, S. et al. (2007). *Educación para la ciudadanía*. ESO, Bruño, Madrid.
- WOJTYLA, K. (1977). *Persona y acción*, B.A.C., Madrid.